

Herbie Brennan

# El reino en peligro

Tercera Parte de la serie de  
El Portal de los Elfos



Los rumores corren y la noticia es terrible: los elfos de la noche se disponen a conquistar el reino de los elfos de la luz. Ante semejante amenaza, la valerosa reina Blue se enfrenta a un dilema del que dependerá la suerte de todos: está dispuesta a combatirlos, pero antes necesita la confirmación de los dioses. Por su parte, el príncipe Pyrgus descubre un arma formidable que puede ser decisiva en el choque que se avecina: unas flores de cristal mágicas que influyen sobre el transcurso del tiempo. No obstante, Pyrgus y el guardián Fogarty quieren darle una oportunidad a la paz, y saben que sólo Henry, que se encuentra en el Mundo Análogo, es capaz de convencer a Blue de que no inicie las hostilidades. Pero cuando Henry llega, Blue ha desaparecido y el futuro del reino pende de un hilo.

Tercera parte de la serie iniciada con *El portal de los elfos* y seguida por *El emperador púrpura*. Fantasía, mitología y ciencia se combinan magistralmente para ofrecer un apasionante relato de aventuras trepidantes.

*otro para Jacks, con cariño*

## PRÓLOGO

Fuera de las grandes ciudades metálicas —protegidas por hechizos e impermeabilizadas— el clima del infierno era extremo. Las temperaturas de superficie ascendían a 460 °C con la atmósfera cargada de dióxido de carbono, lo cual producía un efecto invernadero tan intenso que derretía el plomo. Una capa de veinticuatro kilómetros de nubes de ácido sulfúrico cubría el mundo a una altura de cuarenta y ocho kilómetros, lo que sumía la superficie en una penumbra perpetua.

Debido a las condiciones reinantes, todos los miembros del séquito de Beleth se habían visto obligados a adoptar la forma demoníaca tradicional —rechonchos, muy robustos, con la piel correosa y alas pequeñas y gruesas—, mientras el propio Beleth se había transformado en el imponente y musculoso Príncipe de la Oscuridad, cuyo rostro cornudo resultaba muy familiar a todos los magos del mundo.

El grupo se acomodó en el gran salón del castillo de Beleth, una estructura de basalto aferrada a la pared del acantilado como un sapo gigante. La lluvia ácida azotaba la ventana traslúcida, impulsada por un huracán que no daba tregua. Los ojos compuestos y adaptables de los reunidos traspasaron el cristal lleno de marcas, y la insondable penumbra del otro lado les permitió ver una llanura suavemente ondulada, sembrada de trozos de rocas planas e interrumpida en el este por un volcán activo.

—¿Los portales especiales...? —tronó Beleth.

Un demonio apesotado que se llamaba Asmodeus se apresuró a responder:

—En funcionamiento, amo.

—¿Todos?

—Sí, amo.

—¿Tropas?

—Alerta, amo.

—¿Hechizos de asalto?

—En orden, amo.

—¿Ilusiones?

—En orden, amo.

—¿Flores?

—Maduras, amo.

El volcán del este escupió humo negro y eructó lava que discurrió en forma de horrible río por la llanura abierta. Una pequeña colonia de niffs con colmillos de acero se asustó y huyó.

Beleth se inclinó, con los ojos ensombrecidos.

—¿Y el chico?

—En ord... —Asmodeus se calló a tiempo y cambió la respuesta—. ¿El chico, amo?

En condiciones normales se habrían comunicado telepáticamente, sin posibilidad de equivocaciones. Pero allí, lejos de los amplificadores de las ciudades, resultaba más fácil recurrir al lenguaje hablado.

Beleth gruñó impaciente.

—¡El chico! ¡El chico! ¡El chico tonto!

Asmodeus se humedeció los labios.

—Dentro de unos días, amo. —Esperaba fervientemente que fuese cierto. Beleth lo despellejaría si algo salía mal.

Pero, de momento, el Príncipe de la Oscuridad pareció satisfecho. Se levantó y recorrió el antiguo salón. Se volvió con una mirada fulminante y una sonrisa en los labios.

—Entonces —dijo en tono triunfal—, ¡la conquista del reino de los elfos puede empezar!

## 1

El olor a especias lo dominaba todo.

Había tres sacos abiertos junto a la puerta: uno lleno de bayas de vainilla seca, otro de pimienta en grano y otro de *halud* dorado, molido muy fino para destilar su perfume. Detrás de los sacos había barriles y arcones rebosantes de hierbas aromáticas. Muchas relucían como deslumbrantes lentes naranjas, rojas y verdes. Más allá estaba el mostrador de madera oscura con sus estantes repletos de secretos: asafétida para el control de los demonios, raíz de loto en polvo, bulbos de tilosa, canela en rama, vainas de cardamomo, semillas de sésamo, y mandrágoras preparadas para abrir las cerraduras mágicas.

El maestro de las especias miraba a Blue desde el otro lado del mostrador. Se trataba de un hombre pequeño, delgado y con la columna retorcida, el cual o había rechazado los tratamientos de rejuvenecimiento o era tan viejo que nada podía dar color a sus cabellos ni borrarle las arrugas del rostro. Tenía unos ojos muy claros e inteligentes.

Blue se acercó con cautela, preguntándose si el anciano la reconocería bajo su disfraz. Naturalmente, en esa ocasión ni se había planteado vestirse de chico; ya había provocado demasiado escándalo. Pero su aspecto debía engañar a cualquiera. El hechizo de ilusión artesanal la había transformado en una mujer de treinta y pocos años (¡más del doble de su verdadera edad!) y llevaba el anónimo atuendo de un ama de casa agobiada. Podría haber ido con un par de niños pegados a sus faldas, aunque... Blue se estremeció... menos mal que no lo había hecho. Pero aparentaba tener-

los, con lo cual nadie podría imaginar que se hallaba en presencia de la reina. La mayor parte del tiempo nadie reparaba en ella.

El único problema era el pelo. En un momento de vanidad había encargado un cabello rubio hasta la cintura de diosa sexual que —¡ay!— arruinaba el efecto, así que se lo había recogido. Fuera o no una ilusión, el pelo pesaba. Sentía como si llevara un casco militar. ¿Se daría cuenta el maestro de las especias? Tenía una fama terrible. ¿Vería a través de la ilusión con la facilidad con la que veía... otras cosas? No importaba. Él la esperaba.

Blue pensó que iba a decirle algo, ofrecerle hinojo, chile o un cucurucho de polvo de sabor, pero el hombre se limitó a mirarla. Ella dijo sin alterarse:

—Me parece que la Dama Pintada le ha hablado de mí, maestro de las especias.

Durante un momento él la miró sin expresar nada. Luego murmuró: «Ah», salió lentamente del mostrador y pasó el cerrojo de la puerta. Blue oyó cómo entraban en funcionamiento los seguros mágicos. El escaparate se oscureció. Estaban solos en la tienda. No los veía nadie.

El anciano se giró hacia ella.

—Majestad... —exclamó. Había un asomo de duda en su voz, pero no vaciló en hacer una profunda reverencia. La columna retorcida lo obligó a ponerse de lado.

—¿Pueden oírnos? —preguntó Blue.

El hombre se enderezó con un gesto de dolor y negó con la cabeza.

—Los hechizos de privacidad se han activado al cerrar la puerta.

—Bien. Maestro de las especias, yo...

—Memnón. —Murmuró el hombre, y al ver su expresión, añadió—: Perdonadme, majestad, pero no es propio que la reina se dirija a mí por mi título. —Bajó los ojos—. Me llamo Memnón.

Blue disimuló una sonrisa. Memnón, el maestro de las especias, era como *madame Cardui*, muy puntilloso con los buenos modales y el protocolo estricto. No era de extrañar que su amiga le hubiera hablado tan bien de él.

—Maestro Memnón —dijo, reconociéndole un trato honorífico—. ¿Le ha explicado *madame Cardui* por qué estoy aquí?

Él asintió.

—Sí, majestad.

—¿Sabe que nunca deberá hablar de esta visita?

—Sí, majestad.

—¿Y puede hacer lo que deseo que haga?

Hubo un mínimo instante de duda antes de que respondiese:

—Sí, majestad.

—¿Qué ocurre? —preguntó Blue de pronto.

—Majestad, ¿puedo sentarme en vuestra presencia?

Blue parpadeó, y luego se dio cuenta de que él le había hecho una pregunta. Memnón era muy anciano y por su problema de columna vertebral seguramente le costaba trabajo estar de pie.

—Sí, claro, por supuesto.

Memnón se movió con lentitud.

—Tengo un taburete detrás del mostrador, majestad. —Tras acomodarse, dijo—: Puedo hacer lo que deseáis, pero la Dama Pintada me ha dicho que debo trabajar sin ayudantes.

—Se trata de un asunto confidencial. Nadie debe saberlo, salvo nosotros dos.

«Y ni siquiera tú lo sabrás —pensó— si lo que me contó *madame Cardui* es cierto».

Memnón desvió la vista como si se sintiese incómodo.

—Entonces debéis ayudarme, majestad —murmuró.

A ella le habían advertido que podía ocurrir aquello.

—No hay problema, maestro Memnón. Dígame lo que hay que hacer y lo haré.



—Sí, majestad.

Había algo más; Blue lo notó en el tono del viejo.

—¿Qué pasa?

El maestro de las especias alzó la cabeza y la miró directamente a los ojos.

—Majestad, puede ser peligroso que estéis sola conmigo en el laberinto. —Titubeó antes de añadir—: Muy peligroso.

## 2

A Henry lo ponía nervioso visitar a su padre.

No sabía por qué. Cabía pensar que se alegrara por alejarse de su madre un rato, y así era, pero no dejaba de sentirse nervioso. Cuando estuviera en el piso, su padre le daría la mano muy contento, con una gran sonrisa, y diría: «¡Vamos, jefe, entra!» (su padre lo llamaba «jefe» desde que había roto con su madre). Pero, aun así, Henry estaba nervioso.

Tal vez fuese la zona. Un año antes, ir por el canal equivalía a jugarse la vida. En aquel momento estaba de moda. Le fastidiaba pensar lo que había pagado su padre por vivir allí (le había enseñado el folleto en una ocasión. Era un grueso y caro producto estilo Metro-Goldwyn-Mayer, con papel de seda y una fotografía a todo color. Y no lo llamaban folleto, sino prospecto). Al menos no tenía que quedarse mucho tiempo. Llevaba preparada la excusa de *Hodge*. Se marcharía para dar de comer al gato del señor Fogarty.

Tocó el timbre y esperó. Un minuto después volvió a llamar. Con una curiosa sensación de alivio empezó a pensar que tal vez su padre no estuviese. Tocó el timbre por tercera vez, decidiendo que si no aparecía nadie al cabo de diez segundos, se iría a las colinas. Llamaría por teléfono después, diría que había estado allí y haría méritos sin compliarse la vida. Su padre no era una complicación, pero no paraba de preguntarle por su madre. Y lo que molestaba a Henry eran las preguntas y las lágrimas que empañaban los ojos del hombre cuando las hacía.

... nueve... diez... once... doce... trece... catorce... Inudablemente no había nadie en casa. Era libre como el viento, había cumplido. Podía irse. Se sentía como si no tuviera clase.

Sin saber por qué, extendió la mano y empujó la puerta.

La puerta no tenía el cerrojo pasado y se abrió unos centímetros. Henry la miró con gesto bobo, preguntándose qué ocurría. Nadie salía y dejaba la puerta abierta, y menos con la casa vacía. Era arriesgado. Hasta su padre lo sabía. Aquella parte del canal estaba muy de moda, pero la zona que la rodeaba seguía siendo mala. Los nuevos apartamentos a orillas del río debían de ser un blanco para todos los delincuentes del barrio.

Henry volvió a empujar la puerta, que se abrió más. Se le ocurrió una idea horrible. A lo mejor su padre no había dejado la puerta abierta al salir. A lo mejor la había cerrado como siempre. ¡A lo mejor había aparecido un cerdo y había reventado la cerradura! Un cerdo que estaba dentro en aquel momento, revolviéndolos cajones en busca de...

Los nervios que atenazaban el estómago de Henry se convirtieron en miedo atroz. Había visto demasiadas películas de terror. Abrías una puerta, entrabas en una casa vacía y algo con una máscara como las de *Scream* salía de las sombras y te destrozaba la cabeza con un palo. Pero no sólo sentía miedo por sí mismo. No dejaba de pensar que tal vez su padre había vuelto y la cosa con máscara de *Scream* se había abalanzado sobre él. Se le ocurría que había un cuerpo en el suelo y manchas de sangre sobre la alfombra clara.

Con el corazón en un puño, abrió del todo y entró en el piso.

La puerta principal daba a un vestíbulo diminuto con un perchero, un espejo de pared y una ridícula mesa a medio pulir que pretendía pasar por un mueble del siglo XVIII. En el recibidor había dos puertas: la más distante conducía a lo que el prospecto denominaba el «dormitorio principal»,

que tenía una alfombra de pelo largo, una cama de matrimonio —¿para qué quería su padre una cama de matrimonio si ya no vivía con su madre?— y una estrecha cristalera que daba a un minúsculo balcón con una escalera de incendios. Henry sabía que había una puerta que comunicaba con la sala de estar y el cuarto de baño del dormitorio. La más próxima del vestíbulo también daba a la sala de estar. El prospecto lo llamaba «salón».

Henry giró con cuidado el picaporte de la puerta de la sala.

Intentaba moverse en silencio, pero el corazón le latía con tanta fuerza que debía de oírse desde la calle. Tenía la garganta seca y el estómago revuelto. Lo peor de todo era que sabía, sabía a ciencia cierta, que iba a encontrar a su padre muerto o agonizando en el suelo. Ojalá hubiese llevado algún arma, pero era demasiado tarde.

El salón era la habitación más grande de la casa, estaba amueblado en cursilón cuero blanco y tenía una escalera de caracol achaparrada que ascendía hasta una celda monjil que el prospecto denominaba «cuarto de invitados». Había una puerta que conducía a la cocina, otra que daba a un segundo cuarto de baño, otra a un despacho que su padre nunca utilizaba, seguramente porque estaba pensado para un enano, y otra que desembocaba en el dormitorio principal. Las ventanas se abrían a otro balcón, sin escalera de incendios, que se asomaba al canal. Henry se fijó enseguida en que en la alfombra no había ningún cadáver y estaba limpia.

Suspiró y el corazón se le calmó.

—¿Papá...? —llamó con el entrecejo fruncido, aunque sólo lo fruncía por costumbre. No había cadáver en el suelo ni sangre en la alfombra. Y lo mejor de todo, la casa se veía reluciente y luminosa, sin sombras en las que pudieran agazaparse personajes con máscaras de fantasmas—. ¿Papá...?

No hubo respuesta. El piso estaba vacío.

Se sintió aliviado, aunque no entendía por qué su padre había dejado la puerta abierta. A lo mejor se estaba volviendo descuidado. Indudablemente tenía muchas cosas en la cabeza en aquellos momentos. Primero, su esposa se había liado con su secretaria. Luego lo había echado de casa (ambos decían que era «de mutuo acuerdo», pero Henry no se engañaba). Después la mujer se había empeñado en que los dos niños se quedasen con ella, lo cual fastidiaba a Henry. Si se pensaba bien, su madre tenía mucho que explicar.

A Henry le pareció que sería mejor que echase un vistazo. No podía marcharse tan campante y dejar la puerta abierta. Pero tampoco podía cerrarla, por si su padre había salido sin llave; tal vez sólo había ido a la tienda de la esquina un momento, arriesgándose a los Cerdos Anónimos. Así que lo mejor era hacer un té y esperar. Cuando su padre regresara, lo saludaría, y luego iría a darle de comer a *Hodge*.

Encontró las bolsitas de té sin problema; por algún motivo, su padre las guardaba en el frigorífico, donde apenas había nada más. Preparó el té en una taza que ponía: «Teletransportame, Scottie, no hay vida inteligente aquí abajo». Como no había leche, probó a echarle yogur natural y se llevó la taza a la sala. Se sentó en el sillón de cuero cursi y contempló el té con tristeza. El yogur había sido un error. Se había disgregado y flotaba sobre la superficie en glóbulos desiguales. Henry se debatió entre arriesgarse a probarlo o volver a la cocina y hacer otro té.

Aún no había llegado a ninguna conclusión cuando la puerta del cuarto de baño se abrió y salió una mujer joven. Tenía el pelo mojado y las piernas desnudas, e iba envuelta en una toalla.

La mujer vio a Henry y se puso a chillar.

## 3

El laberinto del maestro de las especias se había trazado en el suelo de un sótano situado debajo de la tienda. A Blue le sorprendió su tamaño. Se lo había imaginado más grande. Pero supuso que el maestro sabía lo que hacía. *Madame Cardui* le había dicho que el maestro había estado practicando —casi siempre en secreto— durante dos generaciones.

Blue contempló la estancia. La espiral del laberinto estaba hecha de trocitos de cristal de roca. En la entrada y sobre un trípode había un quemador de incienso de latón, y junto a él una mesa baja con un cuenco de cobre bruñido y dos ampollas de cristal, una que contenía especias y otra con un líquido claro. Cerca de la mesa había una de esas sillas anticuadas sin respaldo y con el asiento de cuero. A un lado se veía un aparador que podía ser también un armario ropero; era difícil saberlo. Y no había nada más, salvo las esferas luminosas pegadas a las vigas del techo, manchadas por las moscas y muy tenues.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó Blue.

Memnón estaba cerrando la puerta y parecía aún más incómodo que antes.

—Majestad, ¿estáis segura de que no deseáis que haya nadie más? Tal vez un guardián de confianza...

—Nadie.

No se trataba tanto del hecho de estar allí, pues lo que ella planeaba no era ilegal, como de la posibilidad de que sus preguntas, y las respuestas que recibiese, llegasen a oír-

dos de... en fin... de cualquiera. Cuando el maestro se apartó de la puerta, Blue le preguntó:

—¿Cuál es el peligro que corro?

Memnón se mostró muy angustiado.

—Tal vez intente mataros, majestad.

Blue miró al viejecillo y disimuló una sonrisa. Apenas parecía capaz de aplastar una mosca, mucho menos de hacerle daño a ella. Pero agradeció su preocupación y lealtad, así que le habló en tono serio.

—Maestro de las especias, asumo toda la responsabilidad de lo que suceda. Si intenta hacerme daño, lo absolverán de cargos criminales, acusaciones de traición y de cualquier otro tipo —afirmó, pero la expresión del hombre le indicó que no estaba muy seguro, así que añadió con gesto amable—: ¿Por qué no me explica lo que ocurrirá exactamente para que esté preparada? —Sonrió—. Me defenderé si es preciso.

Memnón suspiró.

—La ceremonia es muy sencilla, majestad. Después de cubrirme, tomo las especias y entro en el laberinto. Al llegar al centro, las especias habrán empezado a surtir efecto. Cuando el dios se manifieste, podéis entrar en el laberinto para hacer vuestras preguntas.

—¿Y cuándo estaré en peligro?

—Cuando el dios aparezca.

Bueno, estaba bastante claro. Pero el dios se manifestaría por medio del maestro de las especias, utilizando su cuerpo, así que no sería como sufrir el ataque de un toro salvaje.

Para distraerlo, Blue preguntó:

—¿Cómo quiere que lo ayude en la ceremonia?

—Majestad, necesitaré vuestra colaboración para cubrirme y os pediré que toquéis un redoble de tambor cuando acceda al laberinto.

Parecía bastante fácil. Tenía que ponerle la capa y tocar el tambor. No veía por qué requería su ayuda para aquello,